

que «pasó haciendo bien y sanando a todos», se repetirá isótonamente en la vida ejemplar de todos los imitadores del Maestro Divino, de todos los bienhechores de los hombres, de cuantos en nombre de Cristo y del Espíritu quieran ser corredentores y levantar a los pueblos y a las gentes, sumidas en su propia miseria, a un plano de dignificación humana. Primero, como en el Domingo de Ramos evangélico, cuando las gentes claman por el Salvador, por el Libertador, resonará el «Hosanna» triunfal, el «Bendito, el que viene en el nombre del Señor». Después, cuando el polvo y la miseria quieran recobrar sus derechos, y la envidia y la maquinación pongan su fermento y su malignidad en la masa tornadiza y mecanizada, vendrá con rigor de lógica fatalista el «¡Crucifícale!»

Esta es la gran lección del Domingo de Ramos. El Evangelio tiene su resonancia patética y ejemplar para todos los tiempos. Todo el que aspire a una vida de elevación moral, a la dignificación social de las muchedumbres y se ponga en pie de servicio para las grandes restauraciones, tendrá su camino, co-

mo el Redentor, de Betania a Jerusalén. Las bendiciones de un día se trocarán en incomprendiciones; las palmas y arbustos exuberantes bajo la gloria del sol, se convertirán en ramajes de espinas e hisopos acerbados. Pero la muchedumbre, al fin substraída por la evidencia del Bien al odio y a la ceguera colectiva, caerán la sangre del Justo, como una lluvia purificadora, y el fruto del sacrificio y de la caridad para abrir en la historia y en la vida el surtidor de todos los renacimientos morales y sociales. El Bien será siempre más fecundo que el mal; y sobre la veleidad de las muchedumbres y la cizaña de los fariseos redivivos, florecerá en renovados holocaustos la obra del Amor Redentor.

A la embriaguez de los días de gloria en la mecánica de la vida humana, se suelen suceder los Vía Crucis dolorosos, que culminan en el Calvario. Pero en las tinieblas de todos los Calvarios se abre la mañana de gloria de la Resurrección y de la vida. Es el Espíritu y el Amor que triunfan del barro y de la Muerte.

P. Félix GARCIA

Algunas normas sobre la nueva disciplina del ayuno eucarístico

(Continuación)

«Para los enfermos, tanto si se trata de fieles como de sacerdotes.»

Los enfermos, aunque no guarden cama (1), pueden tomar, con el prudente consejo del

confesor, alguna cosa a modo de bebida (2) o de verdadera medicina, excluidas las bebidas alcohólicas. La misma concesión es válida para los sacerdotes enfermos que celebren la Santa Misa.

(1) Enfermo se entiende el que padece una mala disposición del cuerpo, ya sea una indisposición crónica, como del hígado, estómago, pulmón, etcétera; o por enfermedad algo duradera, como gripe, pulmonía; o por indisposición pasajera de notable molestia, como jaqueca, neuralgia, etc. (Regatillo, «El ayuno eucarístico», pág. 20.)

(2) Comida es lo que se mastica antes de pasar al estómago, para allí digerirse. Bebida, lo que se sorbe y puede deglutirse sin masticar... Por modo de bebida pueden tomarse todos los líquidos, por densos o espesos que sean, como: leche, caldo, etc. (Regatillo, *ibid.*)